

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

SECUELAS DE LAS ELECCIONES FRANCESAS

El 3 de abril la Asamblea Nacional francesa eligió presidente. Era la primera providencia a tomar después de las elecciones legislativas de los días 12 y 19 de marzo que dieron a la mayoría un éxito poco esperado, si bien no tan contundente como para calificar de derrota los resultados conseguidos por la oposición. Por lo menos, a tal conclusión llevan las cifras. En la nueva legislatura, la mayoría ha logrado 291 escaños. Tenía 308 en la anterior. La oposición, o sea, los partidos que suscribieron en su día el Programa Común, han conseguido 199 escaños, más un diputado de extrema izquierda, a incluir; naturalmente, en la oposición. En la anterior legislatura tenía 183 escaños. Concretando: en 1978 el Partido Socialista ha ganado 10 escaños y el Partido Comunista 12. De otra parte, considerando el número de votos a favor de la mayoría y de la oposición, se pone de manifiesto una diferencia de 63.515 votos en la segunda vuelta (mayoría, 50,49 por 100; oposición, 49,29 por 100; varios, 0,22 por 100). Por tanto, la mayoría no puede ni debe echar las campanas al vuelo, porque más que de éxito suyo se trata del fracaso que la izquierda se buscó debido a su espectacular desunión preelectoral y su no menos espectacular «reunión» a raíz del 12 de marzo, en que no se produjo el maremoto electoral con que contaban los líderes de la izquierda francesa, y no sólo francesa. A ello hay que agregar que los resultados en cuanto a escaños son en gran parte consecuencia del sistema electoral vigente en Francia, cuya modificación, al parecer, se está estudiando con vistas a combinar el escrutinio mayoritario con la representación proporcional. Es fórmula por la que tiene decidido interés el presidente Giscard d'Estaing. Aspira a que la nueva ley electoral sea votada en el próximo otoño. Nada permite afirmar que será más desfavorable para la mayoría presidencial que la vigente.

En suma, los resultados electorales evidencian una ligera contra-

dicción de la mayoría, que no le arrebatara el protagonismo político, y un avance de la oposición (23 escaños), que no impide que se la mantenga a raya en la Asamblea Nacional, siempre y cuando la mayoría no rompa filas. En cambio, sería aventurado asegurar que otro tanto puede suceder fuera de ese recinto, en lo que se ha dado en llamar «la tercera vuelta social»: reivindicaciones salariales, huelgas en cadena, etc., de las que ya ha habido amagos. Por consiguiente, todo aconseja a la mayoría no ceder a la tentación de resquebrajar con sórdidas querellas una unidad y cohesión muy necesarias para hacer frente a los problemas existentes en Francia, que las elecciones no han resuelto.

Sin embargo, a esa tentación se cedió con motivo de la elección a la presidencia de la Asamblea Nacional, que provocó una crisis en las filas del RPR de Jacques Chirac, partido mayoritario dentro de la mayoría, aunque perdiera 21 escaños en las últimas elecciones. En efecto, el RPR apoyaba al presidente saliente, Edgar Faure, que, renunciando a última hora a su pertenencia al partido radical que se alistó con el presidente Giscard d'Estaing, se había adherido al RPR. Ni corto ni perezoso, Jacques Chaban-Delmas, miembro del Comité Central del RPR y conocido gaullista (aunque nunca fuera ministro del general De Gaulle y sí presidente de la Asamblea en 1958), se presentó como candidato independiente, de hecho discretamente apoyado por el presidente de la República. Contaba, pues, de antemano con la casi totalidad de los votos de la UDF giscardiana y, asimismo, con los votos de diputados del RPR que no habían de observar la disciplina del partido. El resultado de la primera votación tal demostró. Edgar Faure obtuvo 109 votos a favor, 24 en blanco y 45 nulos. El evidente fracaso le aconsejó retirar su candidatura. Frente al socialista Mauroy, la elección de Jacques Chaban-Delmas, a quien votaron 32 diputados del RPR, no ofrecía dudas. Quizá Jacques Chirac cometiera el error de creer que su carisma bastaría para imponer Edgar Faure a sus dóciles huestes. Pero ni siquiera el general De Gaulle lograra en su día imponer su candidato. En 1958 resultó derrotado Paul Reynaud y elegido precisamente Jacques Chaban-Delmas, que pasa a ocupar el cuarto lugar en la jerarquía de la V República francesa, pese a Jacques Chirac. Con ello, Chaban-Delmas se saca la espina del apoyo que Chirac le retiró en favor de Giscard d'Estaing en las elecciones presidenciales. Entre tanto, el candidato presidencial electo y el derrotado han olvidado rencillas al extremo de

que el presidente Giscard d'Estaing cuenta con Chaban-Delmas como embajador particular, singularmente cerca de Israel.

Estas desavenencias y reconciliaciones a nivel personal reflejan un riesgo de irrealismo en las dos versiones de la mayoría parlamentaria, la UDF y el RPR, y puede generar divisiones y las consiguientes represalias. Como tal se impone la decisión adoptada en el Congreso del RPR, inaugurado el 8 de abril, y en el que se optó por una reforma de los estatutos para establecer incompatibilidad entre responsabilidades gubernamentales y funciones dirigentes en el partido. La medida apuntaba tan a las claras a Chaban-Delmas que provocó una agitación encabezada por Olivier Guichard, con lo que no se asentó de modo indiscutido la autoridad de Jacques Chirac. De otra parte, la elección de Chaban-Delmas a la presidencia de la Asamblea y sus secuelas pregonan que la nueva legislatura inicia su singladura con mar picada, o sea, que los resultados electorales favorables a la mayoría no equivalen a una consagración de la política reformista de Giscard d'Estaing y Raymond Barre, política a la que Jacques Chirac ha declarado en la Cámara no conceder «confianza incondicional», adelantando que «cuando nuestra conciencia nos lo dicte, ofreceremos nuestra negativa». Es postura que hipoteca de antemano la acción gubernamental, singularmente difícil no sólo por los escollos parlamentarios, sino por las dificultades económicas y sociales de Francia—de las que no tiene el monopolio—, que Raymond Barre se esfuerza en remediar con un plan de austeridad dado a conocer en mayo.

Si a aquella circunstancia se agrega que Jacques Chirac está puliendo las armas para las elecciones presidenciales de 1981, como las pule François Mitterrand, ni asequible al desaliento, sin ser profeta puede augurarse al Gobierno nombrado el 15 de abril por el señor Barre que habrá de sufrir las consecuencias derivadas de las ambigüedades de la mayoría parlamentaria, aparte de la dificultad de conciliar su programa económico con el reformismo social por el que han clamado las urnas.

REVOLUCIÓN EN AFGANISTÁN

El golpe de Estado en Afganistán del 27 de abril es acontecimiento habitual en ese país fronterizo con la URSS, Irán, India, Pakistán y también China, aunque con ésta sólo limite en contados kilómetros.

Se impone, pues, la importancia estratégica de este atrasado y pobrísimo país. Ella fue causa durante el siglo XIX de forcejeos entre Rusia y Gran Bretaña para establecer su predominio en Afganistán. Gran Bretaña acabó por imponerse en 1880. La independencia concedida a este país en 1921 por el tratado de Kabul no inició una era de paz. Se sucedieron disturbios, derrocamientos y eliminación violenta de dirigentes, caótica situación a la que no dejó de contribuir la diversidad de etnias que componen la población de unos 20 millones de habitantes: pathanes, bushtuns, uzbeks, turcomanos, etc., aunque en un 99 por 100 sean todos musulmanes. La muerte violenta fue la suerte del padre de Zahir Shah, derrocado el 17 de julio de 1973 por su primo y cuñado Mohammed Daud Jan, ahora derrocado y muerto con su familia por el golpe de Estado del Consejo Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Zahir Shah no tuvo tan trágico fin, por encontrarse enfermo en Italia.

La primera medida adoptada por Mohammed Daud fue sustituir la monarquía por la República y, naturalmente, ser su primer presidente. No le cogían de nuevas los problemas de Gobierno. Entre 1952 y 1963 había sido primer ministro. A despecho de una proclamada neutralidad, su larga permanencia en el Poder se caracterizó por un estrechamiento con la URSS de la amistad iniciada en 1926 por un pacto de no agresión y neutralidad. Después de la segunda guerra mundial, derivó hacia una amistad activa y una cooperación efectiva en lo económico, lo técnico y, desde luego, lo militar. Con todo, con motivo del conflicto indio-paquistaní en torno a Bangla-Desh, Zahir Shah no se volcó al lado de la India, apoyada por la URSS. Acaso su prudencia le costara el trono.

Tan pronto como se hizo con el Poder, Mohammed Daud reanudó su política de estrecha amistad con la URSS, que visitó en junio de 1974. Poco después, la tensión latente con Pakistán se puso al rojo vivo. Islamabad denunció que Kabul concentraba tropas en sus fronteras del Noroeste y fomentaba la rebelión en el Beluchistán, región costera del Sur que comparte con Irán. Las aguas no se desbordaron, pero a principios de 1975 Pakistán manifestó que «una potencia extranjera venía perturbando la vida normal de la provincia» de la frontera del Noroeste. Tampoco entonces se llegó al conflicto. Bien es verdad que, al pasar del tiempo, Kabul se iba inclinando hacia un neutralismo más auténtico y moderaba sus desvelos por la región pathan de Pakistán y por el Beluchistán, nunca del todo apaciguado ni decidido a permanecer en el redil paquistaní y, acaso, tampoco en

el iraní. Era situación propicia a dar pie a uno de esos llamados «conflictos regionales» que apuntan a desmembrar un país al socaire del autonomismo o separatismo—como, por ejemplo, el etíope-somalí—y que en realidad se insertan en los planes estratégicos a escala mundial de un tercero. En un eventual conflicto en perjuicio de Pakistán o de Irán, Afganistán habría de desempeñar a la postre el papel de peón de brega. Quizá esa consideración llevara a Mohammed Daud a rectificar su política exterior que registró un acercamiento a Pakistán, aparte de que las tensiones y problemas internos empezaban a ser realidad insoslayable, aireada además por el comunismo soviético y el comunismo chino. Por razones divergentes, los dos gigantes del comunismo coincidían en cuanto a objetivo a perseguir: influir en esa base operativa que es Afganistán.

El 17 de abril, el dirigente del Partido Democrático Popular—entiendase comunista pro soviético—, Mir Akbar Jaibar, caía acribillado a balazos en una calle de Kabul. Inmediatamente corrió la voz de su asesinato por orden del Gobierno, lo que provocó masivas manifestaciones populares seguidas de detenciones. Más que a la defensiva, Mohammed Daud estaba entre la espada y la pared, por cuanto tenía enfrente a un ejército de tierra y aire armado y adiestrado por la URSS, en cuyas escuelas militares habían cursado estudios la mayoría de sus mandos. Con método y eficacia similar a la de 1973, aunque con un derramamiento de sangre que no se dio entonces, esas fuerzas armadas han puesto término al Poder y vida de Mohammed Daud y sus adictos. En un primer tiempo asumió el mando de la recién denominada República Democrática de Afganistán un Consejo Revolucionario de militares presidido por el general Degarwal Abdul Kadir. Declaró basar su política en los principios del Islam, la libertad y desarrollo del país, donde parecen existir grandes reservas de petróleo. En lo exterior, optaba por la no alineación—lo que deja una puerta abierta a la eventual ayuda norteamericana—, así como por el fomento de la paz, la coexistencia regional, etc. Era un programa tranquilizador.

No lo fue tanto que el 1 de mayo el Consejo Revolucionario nombrara jefe de Estado y primer ministro a Nur Mohammed Taraki, destacado dirigente del comunismo pro soviético afgano, el Jalk. Asimismo el 1 de mayo la URSS reconoció al nuevo Gobierno afgano, seguida por Cuba, Hungría y Checoslovaquia. Kabul se apresuró a desmentir su filiación comunista y a negar su satelitismo de ninguna nación, proclamación de independencia que se acompañó de seguri-

dades de respeto al Islam, con cuya colaboración pretende contar el nuevo Gobierno. Desde luego, en principio el Islam es susceptible de oponerse al arraigo en un país de la ideología marxista. En la práctica, no se tiene noticia de que en país alguno la base popular musulmana se haya impuesto a la dirección comunista de sus respectivos gobernantes. Tal es el caso, hasta el presente, de las Repúblicas soviéticas musulmanas, aunque cabe barajar la hipótesis de que el creciente peso demográfico de esas Repúblicas, mientras decrece la natalidad soviética, y la propaganda china que exalta los valores del Islam surtan efectos imprevisibles a la larga. Pero en un inmediato futuro es dudoso que la flamante República Democrática de Afganistán ejerza una acción ajena a los objetivos que la URSS persigue en Pakistán y singularmente en Irán, donde en mayo se registraron graves movimientos subversivos.

Tradicionalmente, Rusia, y ahora la URSS, es patria de eximios jugadores de ajedrez. El jugador de ajedrez no se hace presente en el tablero. Se limita a mover las piezas. Afganistán es una pieza relevante en una vasta área de Asia y también del golfo Pérsico. Como lo son en Africa, el mar Rojo, el océano Indico y el Atlántico sur, Etiopía, Mozambique, Angola y, eventualmente, el Zaire, donde a mediados de mayo, en su provincia de Shaba, ex Katanga, se ha iniciado un conflicto cuyo desenlace no se vislumbra a la hora de redactar. Pero este es otro cantar, mejor dicho, el mismo cantar, aunque con otra voz.

EL PANDEMONIUM LIBANÉS

A primeros de abril, contestando sin rodeos a las preguntas que le formularon ante los micrófonos de Radio Israel, el general Erskine, comandante en jefe de las Fuerzas pacificadoras de la ONU, o UNIFIL, declaró poner en duda que, con sólo 4.000 hombres previstos para finales de ese mes, los «cascos azules» pudieran estar en condiciones de cubrir la extensión precisa para separar comandos palestinos y fuerzas israelíes, impidiendo nuevos enfrentamientos. Los acontecimientos registrados en el sur del Líbano desde entonces han justificado tal duda, singularmente al producirse a primeros de mayo muertos y heridos entre las fuerzas de las Naciones Unidas.

La noticia de esas bajas no quedó en pura emoción. Un examen de las condiciones en que los «cascos azules» desarrollaban su acción

pacificadora puso de manifiesto que estaban insuficientemente armados para un enfrentamiento con comandos palestinos bien pertrechados y adiestrados, y de que los 4.000 hombres inicialmente enviados al sur del Líbano necesitaban refuerzos. Por tanto, eran enérgicas medidas las que necesitaba el problema existente en esa región desde que el 15 de marzo Israel inició su violenta acción de represalias, problema que a primera vista sólo tiene dos factores claramente diferenciados: israelíes y palestinos. Sin embargo, la realidad es más compleja y embrollada, lo que explica el moderado éxito de la acción de los «cascos azules».

En principio, éstos habían de impedir el acceso de los palestinos a la orilla izquierda del río Litani, territorio ocupado por las fuerzas israelíes, que debían evacuar paulatinamente esa región montañosa, donde la autoridad de Beirut es nula desde hace años y desde la que los comandos palestinos atacaban pueblos y poblados de la Alta Galilea con misiles suelo-suelo. La presencia de los «cascos azules» apuntaba a poner término a unos hostigamientos que, además, aunque indirectamente, entorpecían las premiosas negociaciones entre El Cairo y Tel-Aviv, que son el gran empeño del presidente Carter. Pero no se puede imponer el común denominador de *fedayins* o palestinos a quienes se muestran activamente hostiles a las fuerzas de la ONU, por cuanto las han aceptado oficialmente con resignación los alistados en la OLP de Yasser Arafat, que incluso se declaró dispuesto a colaborar con Kurt Waldheim. Son los seguidores de George Habach, jefe del Frente de Liberación de Palestina, la Organización Radical Árabe, que dirige Naif Hawathma, y los comandos de la facción de Abu Nidal los que no cejan, luchando un poco a la desesperada, con escaso apoyo libanés, a no ser el de los sectores más radicalizados de la población.

Paradójicamente, la hostilidad a la presencia de los «cascos azules» también se da en las milicias armadas constituidas en los pueblos cristianos del sur del Líbano, que constituyen un enclave cortado del resto del país desde hace dos años. Su jefe, el comandante Haddad, llegó a expresar el deseo de que las fuerzas israelíes permanecieran en esa castigada región hasta que se retirasen definitivamente palestinos y sirios, no obstante la cordial acogida que se dispensó a éstos cuando en 1976 su intervención impidió el exterminio de los cristianos. Es decir, que los recelos por un proyecto de anexión del Líbano por parte de Siria no se han disipado. Similar postura de hostilidad a las fuerzas de la ONU tienen los chiitas de esa región, pese a ser

musulmanes. Cierto es que tanto como los cristianos han sufrido las exasperantes exacciones de la guerrilla palestina. El hecho es que esas amedrentadas y desamparadas poblaciones no rechazaron la mano tendida de Israel en forma de ayuda alimentaria, sanitaria y, cabe sospecharlo, militar. Sin duda, la acción israelí provocó un éxodo masivo hacia el norte, si bien parte de la población huida había regresado a su devastada región. Aunque dura, la ocupación israelí mantenía allí una tranquilidad que no parecen asegurar los «casos azules».

La situación del Gobierno de Beirut es patética, dados los nuevos enfrentamientos entre derecha e izquierda, la crisis gubernamental y los problemas de toda índole. Incapacitado para restablecer la paz y su autoridad en la capital y sus alrededores, todo ha de fiarlo al apoyo de las Naciones Unidas para la supervivencia del Líbano en cuanto nación y, en cierto modo, a Israel. El representante de ese país en la ONU, señor Herzog, declaró en abril que el más férvido deseo de Israel era que las autoridades centrales, con la ayuda de los «casos azules», volvieran a controlar el sur del Líbano. No aclaró si acaso de no imponer Beirut su autoridad en el sur, Israel no crearía en esa región comarcas confesionales autónomas, como precisamente teme Beirut. Sin embargo, los bombardeos israelíes de Tiro, a la derecha del río Litani, plantean un interrogante. Militarmente justificado el bombardeo del puerto que abastece a los palestinos, la destrucción de los barrios residenciales cristiano y chiita sólo se explica por el propósito de fomentar el éxodo. Ello lleva a preguntarse si Menahem Beguin, animado por la minoría religiosa ultraortodoxa, no le estará dando vueltas al viejo sueño de dominar el río Litani, cuyas aguas, bien administradas, serían de suma utilidad para el riego de la Alta Galilea. Los pioneros del Estado de Israel consideraron en tiempos esa posibilidad. No parece ser ya el propósito de amplios sectores de la población de Israel, deseosos actualmente de paz. Porque si la división reina en el Líbano, de norte a sur, y trátase de libaneses o palestinos, de cristianos o de musulmanes, tampoco impera la unanimidad en Israel ante la acción gubernamental. Con todo, las fuerzas israelíes siguen presentes en el Líbano. No le falta la razón al Gobierno de Menahem Beguin cuando alega que dado lo poco operativo de los «casos azules», la retirada provocaría inmediatamente nuevos hostigamientos de los palestinos.

Por tanto, prescindiendo incluso de ramificaciones exteriores, es tan complicado el problema del Líbano, tanto en el sur como en el

norte, que los poquísimos resultados obtenidos por Wáshington en sus afanes por la paz en el Próximo Oriente no sorprenden y hasta resultan lógicos. Como lógico, pero sumamente inquietante, es el temor de Wáshington a un nuevo estallido bélico en esa región del mundo donde, por remate, uno de los factores a tomar en cuenta son los países árabes poseedores de petróleo, en particular Kuwait y Abu-Dhabi, deseosos de una solución del problema palestino. Tan numerosos son en esos países los inmigrantes palestinos que casi son mayoritarios y con tendencias extremistas que preocupan a sus Gobiernos claramente conservadores.

EL XXX ANIVERSARIO DE ISRAEL

Con algunos días de antelación, por atenerse al año lunar, Israel celebró el XXX aniversario de su creación como Estado moderno el 14 de mayo de 1948, a la hora cero, al cesar el mandato británico sobre Palestina. Acto seguido, David Ben Gurion convirtió en Gobierno el Comité que presidía y, de inmediato, estalló el previsto conflicto armado con los árabes.

Al cabo de treinta años, jalonados por tres guerras, Israel apenas ha avanzado por el camino de una existencia pacífica, si bien la guerra de 1967 le permitió volver a los límites del mandato británico, ello en contra del acuerdo de partición de Palestina, aprobado por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947. Las guerras no han tenido incidencia en el incuestionable desarrollo de toda índole de ese país. Fue obra de Ben Gurion y Golda Meir que, en particular, tuvieron el acierto de basar la economía en un sistema original comprensivo de tres sectores: el estatal, el cooperativista y el capitalista. Se contraponen al sistema preconizado por el Likud, actualmente en el Poder con el apoyo de los liberales, que prometen a los inversores de la Diáspora y capitalistas locales total libertad de acción. La presencia en el Ministerio de Finanzas del riquísimo industrial Simha Erlich, presidente del partido liberal, es claro exponente del tipo de sociedad por el que aboga Menahem Begin. Pero la oleada de huelgas registradas en Israel, incluyendo la de EL-AL, muestra la resistencia de vastos sectores de la sociedad israelí a los propósitos gubernamentales. De otra parte, se da la circunstancia de que en un momento sumamente delicado para el futuro de Israel dirige su política Menahem Begin, un político cuyas convicciones

le vedan aprovechar realmente la oportunidad que le brindó la iniciativa del presidente Sadat. Porque de haber prosperado, puede estimarse que, en un primer tiempo, la paz con Egipto y Jordania sería un hecho. El antiguo jefe de la organización terrorista *Irgun*, partidario de un retorno a los valores tradicionales de la ética judía, el celebrado por las sectas ultraortodoxas de la *Mea Shearim* —duramente combatidas por el laborismo— y en el que influyen los criterios de una Diáspora que ve la situación de lejos, es el menos indicado para avenirse a la flexibilidad que impone la realidad actual, tanto la de Israel como la exterior a Israel.

De ahí que en vísperas del viaje que Menahem Beguin realizó a los Estados Unidos en marzo, el jefe de la oposición, Simón Peres, declarara la incapacidad de Beguin en la Knesset, haciéndole responsable del eventual fracaso de las conversaciones en Wáshington y del punto muerto de las negociaciones con Egipto. Porque el laborismo ha optado por un compromiso territorial, mientras que Beguin se empeña en mantener, en particular, que la Resolución 242 no afecta a Judea y Samaria. De otra parte, Beguin hizo caso omiso del desafío de la oposición para demostrar que la mayoría parlamentaria no respaldaba su postura. Es decir, que, por primera vez desde las elecciones de mayo de 1977, los laboristas se han presentado como una alternativa de poder.

Siempre en sus trece, al regresar el 9 de mayo de un nuevo viaje a los Estados Unidos, Menahem Beguin declaró que rechazaba la idea de un referéndum en la ribera occidental del río Jordán, al término de un período de cinco años de autogobierno árabe, en contra del criterio no sólo de Egipto, sino también de los Estados Unidos, lo que es más relevante. Semejante postura suscitó las críticas de Altherton, enviado especial norteamericano. Reflejaban el cansancio de Wáshington ante la intransigencia de un país del que paga el déficit de un presupuesto cuyo 40 por 100 corresponde a gastos militares. En contrapartida, días antes, Yasser Arafat admitía la posibilidad de reconocer a Israel para hallar una solución.

Una solución, es decir, la paz. Es aspiración de la mayoritaria opinión israelí. Así, a primeros de marzo, 300 oficiales de la reserva instaron a Beguin para que renunciara al gran Israel, con el que sueña el llamado bloque de la fe, que estudia los límites de Israel en la Biblia. Seguidamente, ese grupo constituyó el movimiento «Para la paz, ahora», o «Shalom Ajshav», al que se han adherido judíos norteamericanos y 350 profesores de Universidad e Institutos de enseñan-

za superior de Israel. Con el *slogan* de: «Más vale la paz que un gran Israel», el 1 de abril se celebró en Tel-Aviv una manifestación de 30.000 personas, como jamás se había visto.

En el ámbito internacional hay que registrar «un vuelco desfavorable a Israel, que robustece las posibilidades de los árabes que, con su petróleo, están ganando las mejores posiciones políticas y económicas en la Europa occidental y los Estados Unidos», decía recientemente el diario israelí independiente *Haaretz*, resumiendo el primer año de Gobierno de Beguin. Añadía: «Carter está decidido a alejarse de Israel y Beguin es el responsable del deterioro de la posición política y diplomática del Estado hebreo». Tal confirmó la votación del 16 de mayo en el Senado norteamericano, favorable a la venta indiscriminada de aviones de tipo F a países árabes e Israel. Más poderoso que Don Dinero, o sea el *lobby* judío, es actualmente Don Petróleo, o el *lobby* árabe.

En resumen, el momento de Israel es posiblemente uno de los más peliagudos de su corta y asenderada historia como nación moderna. Acaso la presencia en el Poder del Gobierno Beguin sea el peor lastre que arrastra Israel, por cuanto ha motivado una vasta y enconada oposición en el interior, donde ya existían tensiones entre israelíes de origen Occidental y origen Oriental, distintos y hasta diferentes entre sí. A esta circunstancia perjudicial para los problemas a resolver, se añade una pérdida de incondicional apoyo exterior. Tratándose de los Estados Unidos es grave.

Sin embargo, no se evidencia una inminente crisis gubernamental, aunque todo sugiere que se han establecido contactos secretos entre miembros de la coalición en el Poder y oposición. Se pretende, al parecer, constituir un gobierno presidido por el general Weizman, actual ministro de la Defensa. Es persona grata en Wáshington y que tiene buenas relaciones con el presidente Sadat, si bien las relaciones personales tengan escasa efectividad en política, singularmente cuando la acción armada en el Líbano y los incesantes nuevos asentamientos de colonias judías en territorios ocupados dificultan aún más esa «declaración de principios», marco de las negociaciones con Egipto, vanamente perseguida desde hace meses.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

